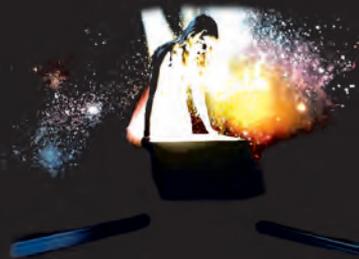


UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA



Adrenalina y fuego

Cuentos

Augusto Rodríguez



Adrenalina y fuego

Augusto Rodríguez



2012

Adrenalina y fuego

Augusto Rodríguez

1 era. Edición Editorial Universitaria Abya-Yala
Av. 12 de octubre N23-116 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telf.: (593-2) 2506251
Fax: (593-2) 2506267
E-mail: editorial@abyayala.org
www.abyayala.org
Quito-Ecuador

Diagramación: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

Foto de portada: Lissy Elle

ISBN: 978-9978-10-099-8

Impresión: Editorial Universitaria Abya-Yala
Quito-Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, marzo de 2012



Índice

Introducción	7
Prólogo	9
La piscina	15
La llaga	39
La fiesta	55
Adrenalina y fuego	71
El planeta XYZ	75
Los bebés más hermosos	77
El burócrata de las doce	81
El último round	83
Los muertos siempre regresan	87
Memorias de fútbol	99
Manual para perversos	101
El hombre blanco de mis pesadillas	113
Augusto Rodríguez	127
Comentarios sobre la literatura de Augusto Rodríguez	129



a Maritza Romero Bernal,
con todo mi amor.



Introducción

Tal vez una de las caracterizaciones que podemos hacer del trabajo de un escritor es la de asegurar que su función en la sociedad y ante el mundo es la de devenir en un desapasionado relator de lo atroz.

Hay escritores bonancibles e incluso algunos han redactado obras que alegran el espíritu y nos muestran el lado amable de las cosas. Y sus obras, sin dejar de merecer el respeto que debe otorgársele a toda producción humana, son menores, limitadas, no llegan a ser artísticas del todo. Es que esa tarea de reconciliarnos con el mundo no es la del arte, es la de los discursos memos de los medios de comunicación de masas: el cine de Hollywood, las telenovelas mexicanas o la música pop.

El arte, el verdadero, está para que a partir de su apropiación, de su lectura, los humanos construyamos, en nuestras mentes, una simulación lúcida del mundo. Y el mundo no es un lugar grato, o lo es sólo para los ilusos. Es que la esperanza, si alguien la necesita, solamente puede construirse sobre los arduos cimientos de la verdad.

Estas narraciones de Augusto Rodríguez son eso: registros de la atrocidad del mundo, descarnadas visiones del cosmos en que transita, entre humorístico y desencantado, el narrador.



Veamos algunos ejemplos de esta virtud de los relatos de Augusto Rodríguez:

En su relato “El planeta XYZ” juega con la estructura narrativa de la fábula, arma todo un escenario de conductas sancionables con la valoración de buenas o malas y, al final, se inhibe de asentar una moraleja y deja al lector en una incertidumbre de la que deberá salir solo...

En otro de sus cuentos “Los bebés más hermosos” apuesta por el terror como género y con él expone la fragilidad que tiene la inocencia de los niños, esa inocencia que permanentemente perdemos, también, los adultos.

Una de las historias de este libro, que más me ha gustado, es la titulada “El burócrata de las doce”, en ésta como en “El último round” o en “Memorias de fútbol”, Rodríguez logra eso que elogia Kundera en Flaubert: mostrar el horror de lo nimio, esa profundidad terrible que tienen todas las vidas humanas y que es más destellante en los destinos de los pequeños, de los mínimos: boxeadores fracasados, actores de circo miserables, escritores ignorados o burócratas hundidos en las rutina.

Tal vez el texto más logrado de este libro sea el que le da título: “Los muertos siempre regresan” en la que se condensa una energía lírica estupenda que nos muestra lo ínfima y devastadora que es, al mismo tiempo, la muerte de los amados.

Y hay también, en este libro, parodias amargas de los cuentos clásicos para niños o reflexiones divertidas –narrativas siempre sobre la cultura popular generada desde los medios de comunicación de masas: las películas de Drácula o los héroes futbolísticos.

Hay mucho en este libro, muchas historias bellas y sobre-cogedoras, y hay en él, sobre todo, lucidez.

Santiago Páez





Prólogo

Es ya clásica y muy extendida aquella diferenciación cortazariana donde sostenía que tanto la novela como el cuento debían resolver su eficacia entre las cuerdas de un match de box: mientras la novela podía ganar el combate por puntos, al cuento, inexorablemente, le quedaba la misión de ganarlo por KO. Ciertamente, una bella metáfora, una magnífica comparación donde se condensan dos rasgos esenciales y definitorios de la identidad de un cuento: su brevedad y su intensidad. Precisamente dos atributos que se destacan en la narrativa de este escritor guayaquileño Augusto Rodríguez.

En alguna ocasión Faulkner aseveró que escribía novelas porque se sentía incapaz de escribir cuentos. Más allá de la conmovedora modestia de este autor de cuentos tan inolvidables para la narrativa universal, he querido rememorar esa declaración porque en repetidas ocasiones he escuchado decir a algunos críticos y estudiosos de la literatura que consideran al cuento como la antesala, el campo de entrenamiento, la gimnasia obligada para lanzarse a aventuras más serias y prolongadas en el tiempo como la factura de una novela. Desde luego, no pretendo negar ni desconocer que muchos novelistas hayan empezado su carrera por el género cuentístico, tampoco que sea una estrategia válida para muchos escritores en ciernes.



Lo que no es válido aceptar, es el hecho de que se considere al cuento como un género menor, menor por sus propósitos, menor —y esto es lo más deplorable— por su número de páginas.

Ciertamente que sobre el cuento conocemos su efecto, su eficacia, pero muy poco sobre las leyes que lo determinan. En otras palabras, es muy difícil extender y generalizar recetas para lograr un buen cuento. Lo que es válido para uno puede resultar nocivo para el siguiente. Por cierto que algunos escritores como Horacio Quiroga nos han facilitado un decálogo de coordenadas para no perdernos en sus laberintos, decálogo que a otros cuentistas como Cortázar les parece una sonrisa irónica lanzada sobre quien quiera aplicarlo. En definitiva y en buena hora, no podemos racionalizar y menos estandarizar las leyes que rigen su precioso mecanismo de misterio. Esta otra virtud de Augusto Rodríguez.

En cambio, el terreno donde han florecido y dado ingeniosos frutos es el momento de sus comparaciones y diferencias. Pero quizá, lo que nos corresponde a los escritores y a los lectores de este género, justamente, es establecer el origen de estos dos rasgos, en una palabra, establecer su epistemología.

Honrado por la tarea de escribir el prólogo para el talentoso libro de cuentos de un joven poeta ecuatoriano, he dedicado algunas horas en revisar viejos cuadernos de apuntes, viejos libros con innumerables anotaciones y comentarios borroneados en sus márgenes. Prácticamente todos los escritores y estudiosos del género cuentístico coinciden en señalar los rasgos ya anotados: brevedad e intensidad, virtudes que, para mi dicha, se encuentran en esta obra “Los muertos siempre regresan” de Augusto Rodríguez.

Tal vez habría que añadir otro rasgo que me parece muy importante: la tensión necesaria que debe recorrer al relato hasta desembocar en el punto final del combate. Precisamente será la tensión unida a la brevedad e intensidad lo que permitirá lograr la exigida esfericidad del cuento. Bola, esfera mágica donde el escritor valiéndose de una fracción o de un segmento de la realidad circunstancial y en una lucha despiadada contra el tiempo y el número de páginas,



intentará mostrar la economía, la moral, los tabúes, las utopías, los creimientos o descreimientos, los terrores y anhelos que subyacen en el mundo circundante. Nuestra realidad ecuatoriana, ha logrado brindarnos una magnífica visión de conjunto de lo que somos como país, como serranos y costeños, como hombres y mujeres, como jóvenes y viejos, pero sobre todo, de lo que somos como individuos.

Iván Oñate



No están en parte alguna,
ya son hierba y estrellas,
pero su sombra enturbia las palabras
y sólo a veces pasan por la mente,
vagan por nuestras almas, reclamando
lo que nunca le dimos.

William Ospina

Cuando el mundo quedara reducido
en una playa para dos niños sinceros,
os encontraré.

Arthur Rimbaud

